

Los no muchos empleados españoles de la Legación seguían las adaptaciones del ministro. Es lo que ocurría con un criado gallego, cuya lengua materna lo invitaría a expresarse como los brasileños. Este buen hombre, de índole ingenua, según lo describe Valera, daba frecuentes ocasiones a las burlas de todos. En cierta ocasión, en que los esclavos se divirtieron con él, Valera registra el episodio y las palabras del gallego en impecable portugués¹⁰.

Poco o nada, por tanto, distinguía la casa donde vivía Valera de otras casas brasileñas de mediados del siglo XIX. El jefe de familia había pasado en Brasil la mayor parte de su vida, y allí moriría en 1856; su mujer, carioca; la lengua portuguesa, predominante; predominantes hasta los hábitos de sencillez popular brasileña, en favor de los cuales se había insurgido el viejo Arêas. Brasileñísima la vecindad, hasta en sus modismos a veces importados. Una vecindad que ofrece a Valera las primeras impresiones sobre el carácter del pueblo al que observaba: «No puede negarse [...] que los brasileños son muy amigos de la música y de la poesía. [...] Todas las señoritas cantan [...]. Enfrente vive una de quince años, y bastante apetitosa, pero que me martiriza de continuo con el *furore della tempesta*. Otras dos o tres damas igualmente filarmónicas viven en esta calle, y cantan también, y un caballerito vecino mío toca la flauta, y los negros albañiles de la vuelta no cesan tampoco en la monótona solfa a cuyo compás trabajan»¹¹. Nótese que las alusiones al *furore della tempesta*, esto es, a la difusión de la ópera italiana en el Río de entonces, quedan enteramente corroboradas por páginas como las de *O Moço Loiro*, de Joaquim Manuel de Macedo, o las de *A Mão e a Luva*, de Machado de Assis, quien denomina esa época de «tempos homéricos do teatro lírico»¹².

Pero el Brasil que Valera más de cerca miraba era el Brasil de los esclavos. De hecho, si en la corte, en los salones elegantes, en los teatros, el joven diplomático encontraba sobre todo la aristocracia y la burguesía del Imperio, en la casa donde vivía, los habitantes eran esclavos en su inmensa mayoría. A éstos les incumbían todos los servicios de la vida cotidiana. La figura de esos hombres y mujeres marcó profundamente la memoria del escritor. Más tarde, su novela de ambientación brasileña crearía un personaje magnífico —Octaviano,

¹⁰ Cfr. *JV-C*, p. 209 (8/4/1853).

¹¹ *JV-C*, p. 180 (13/2/1852).

¹² Machado de Assis, *A Mão e a Luva*, *Obra Completa*, vol. I, *Rio de Janeiro*, Nova Aguilar, 1986, p. 204.

hijo de reyes africanos, al que todos respetaban— visiblemente inspirado en un majestuoso esclavo de la casa de Delavat.

A partir de esta convivencia diaria, don Juan empieza a interesarse por la cultura de una gente, a la que más tarde se referirá en *De la poesía del Brasil* como creadora de algunas de las más altas manifestaciones artísticas del país: la predisposición musical innata del pueblo brasileño, en especial de los negros y mulatos.

Valera llegaba a Brasil en un momento en que se ponía rigurosamente en práctica la prohibición legal de introducir en el país nuevos trabajadores esclavos. El movimiento a favor de la abolición de la esclavitud —que, después de victorias legislativas parciales, triunfará definitivamente en 1888— ya se prenunciaba con manifestaciones que contestaban abiertamente la manutención del trabajo servil. Eran aún manifestaciones minoritarias y sus representantes estaban mal organizados, como se nota por las observaciones del escritor¹³.

En principio no apoya don Juan el régimen de esclavos. No sólo reconoce la «buena intención» de los gobiernos abolicionistas sino que advierte que la esclavitud «trae consigo notable inmoralidad para toda clase de personas»¹⁴. A pesar de ello, en esta correspondencia, la actitud hacia el negro revela en su autor prejuicios entonces generalizados. Son páginas de frecuentes ironías, indicio de su persistente disposición jocosa de la que nadie escapa, ya sea el emperador de Brasil, ya sean las figuras de su corte, ya sea Delavat y su familia, como se ha visto.

Para el escritor, ser esclavo, aunque fuera un mal, podía ser mal menor en el caso de ciertos grupos humanos entregados a tal estado de desamparo que sufrirían menos a servicio de los señores que dejados a la ferocidad nativa. Razones económicas, por otro lado, harían la esclavitud negra conveniente, si no indispensable en Brasil. Entre las razones, el coste y la dificultad de llevar al país trabajadores europeos, por causa de «estos climas abrasadores» y la imposibilidad de contar con el trabajo de los indios que, por su índole indomable, «no quieren someterse a la vida laboriosa y sedentaria, y prefieren la muerte»¹⁵.

Valera expone su pensamiento con argumentos y expresiones que hoy causarían aversión. Mas es necesario recordar que, por lo general, su correspondencia revela comprensión de la vida del brasileño negro.

¹³ JV-C, p. 191 (8/9/1852).

¹⁴ JV-C, p. 209 (8/4/1853).

¹⁵ JV-C, p. 184 (10/3/1852).

Don Juan valoriza sobremanera a los africanos de Bahía, contraponiéndolos a otros grupos de esclavos y definiéndolos como gente «hermosísima e inteligente»¹⁶. Da atención en particular al desarrollo de la literatura negra y a la dificultad de su difusión en el Brasil de entonces: los negros esclavos al no saber leer ni escribir sólo oralmente podían conservar los frutos de su imaginación¹⁷. Constatación que anteriormente había expresado en las cartas, seguida del comentario: «ni los amos consienten en que aprendan»¹⁸. El interés con que observa a la población negra se manifiesta, también, en el registro de sus tradiciones culturales, como las “congadas” (fiestas populares) y la “capoeira”, lucha que hoy, en versión menos violenta, sigue muy popular en Brasil como espectáculo folclórico y arma defensiva¹⁹.

En comentarios de las cartas sobre las relaciones entre señores y esclavos es perceptible la desaprobación de Valera, en varias ocasiones, al trato dado por los brasileños de origen europeo a sus compatriotas de origen africano. El escritor apunta, por ejemplo, la falta de convicción religiosa de los patrones y sus reflejos en la relación con los esclavos: «A todos los bautizan por ceremonia y costumbre, no por celo religioso»²⁰. Y cabe subrayar que a Valera no se le escapa que, además de la privación de la libertad, a los esclavos se les sometía a una pérdida cultural que los despojaba de sus prácticas tradicionales. Véase, por ejemplo, lo que se dice acerca de los nombres clásicos que los señores caprichosamente les iban dando: «Sus amos [...] poco dados a los estudios clásicos, les ponen por lo regular los más pomposos y retumbantes nombres de la historia griega y romana. Y yo conozco ya un Trajano, un Belisario, una Agripina y un Marco Aurelio. Mi jefe me ha hablado de tres o cuatro Lucrecias, de una Aspasia y, lo que es más extraño, hasta de una Polixena»²¹. Una vez más, estas palabras coinciden con testimonios de los mismos brasileños. Basta recordar el esclavo Prudencio, de las *Memórias Póstumas de Brás Cubas*, o la esclava Lucrecia del cuento *O caso da vara*, por citar sólo dos ejemplos de Machado de Assis. En fin, impresionaban al joven Valera las malas condiciones sanitarias de la esclavitud. El epistolario se refiere

¹⁶ *Ibidem*, p. 183.

¹⁷ De la poesía del Brasil. Obras Completas, Madrid, Aguilar, 1958-1961, vol. II, p. 34-35.

¹⁸ *JV-C*, p. 192 (8/9/1852).

¹⁹ *Ibidem*.

²⁰ *Ibidem*.

²¹ *Ibidem*.

expresamente a «un negro engalicado, otro sarnoso, otro con sarcoceles, y hasta una negra con erisipela»²².

Por tanto, es al tratar de la población negra cuando Juan Valera atenúa lo deformador de su mirada para tocar «varios puntos graves» sobre el pueblo brasileño. No se piense, por otro lado, que la simpatía y la compasión con que Valera encara el destino de los esclavos africanos hagan de su epistolario, en este particular, un simple registro enteramente serio y realista, donde se abandona su capacidad de ver «algo de ridículo» y de expresarlo con los artificios literarios presentes en otras páginas.

Entre blancos y negros brasileños era frecuente la unión. El grupo numeroso de la población mulata estaba representado en la casa de Delavat por el cochero. Así lo describe el epistolario: «El cochero es un mulato muy truhán, paseante y enamorado, y toca con tal primor la guitarra, y canta con tanta alma las *modinhas* y *londuns* (canciones populares brasileñas) que S.E. dice y afirma seriamente que es un bardo, y que con su cítara trae embobados a cuantos tienen la dicha de oírle. Todas las mozas del barrio, negras y pardas, andan locas por él»²³.

Se retrata aquí toda la jovialidad popular brasileña. Ese aire festivo o, como decían, «patusco», traspasaba muchas de las páginas de novelistas brasileños del siglo XIX, donde la música, el baile y los amoríos, lejos de ser privilegio de las figuras de la corte o de la alta burguesía, constituían el centro de juegos eminentemente populares, como el «entrudo», precursor de los carnavales de hoy. Este cochero juerguista acaba por convertirse en eje de una situación emblemática de la sociedad brasileña de los tiempos del Imperio, tal como la capta la «mirada deformadora» de Valera. Para darnos cuenta de que también aquí el escritor, junto a sus reflexiones más serias no se desprende nunca de su mirada burlesca, basta recordar el extraordinario episodio ocurrido con el «bardo» irreverente. Como síntesis del Brasil nos permitimos una cita que, aunque más larga, es particularmente brillante.

Todo tiene origen en la escapada del esclavo. Durante tres días lo buscan en vano. Es fácil imaginar la indignación de Delavat con la ausencia de quien lo transportaba a los lugares de compromisos oficiales y particulares. En vano se hicieron indagaciones: el único indi-

²² JV-C, p. 179 (13/2/1852).

²³ JV-C, p. 205-206 (9/3/1853). Todas las citas a seguir pertenecen a la misma carta.